

Algunas peripecias de
El libro de los esquildanos

Anónimo



EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

15 años

Algunas peripecias de
El libro de los esquildanos

Anónimo



Universidad del Rosario

360 años

Algunas peripecias de

El libro de los esquildanos

Anónimo



EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

15 años



EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

15 años

Índice

- 7 Unas palabras de introducción
- 11 **I** De cómo se volvieron locos los habitantes de Esquilda
- 19 **II** De cómo lograron los esquildanos construir su Ayuntamiento
- 19 *Primera parte* En donde se relatan las fatigas que pasaron para conseguir la madera
- 25 *Segunda parte* En la que se cuenta cómo los esquildanos excavaron el terreno
- 26 *Tercera parte* En la que se habla sobre la construcción de los muros y el techo del Ayuntamiento
- 35 *Cuarta parte* En donde se cuenta cómo un vagabundo que llegó de paso dio a los esquildanos consejos para meter el día dentro de su Ayuntamiento
- 39 *Quinta parte* En la cual los esquildanos lograron por fin luz para su Ayuntamiento
- 43 **III** De cómo el emperador de Utopía anunció su visita a los esquildanos y cómo eligieron éstos un nuevo alcalde
- 49 **IV** De cómo los esquildanos hundieron su campana en el lago
- 53 **V** De cómo los esquildanos compraron un perro ratonero y con él su perdición

Unas palabras de introducción*

Burlarse de la insensatez del prójimo es, desgraciadamente, muy humano. Recoger los disparates cometidos, coleccionarlos y hacerlos recaer sobre todo un grupo de hombres, ya es una actividad más ingeniosa; se llega a sospechar que este grupo de pobres estúpidos no sea precisamente de cierto pueblo real o ficticio, sino que represente casos posibles dondequiera en el mundo.

Fue ésta la idea fundamental de El libro

* N. del E. Dada la importancia de este texto introductorio, el editor ha decidido conservarlo para esta edición.

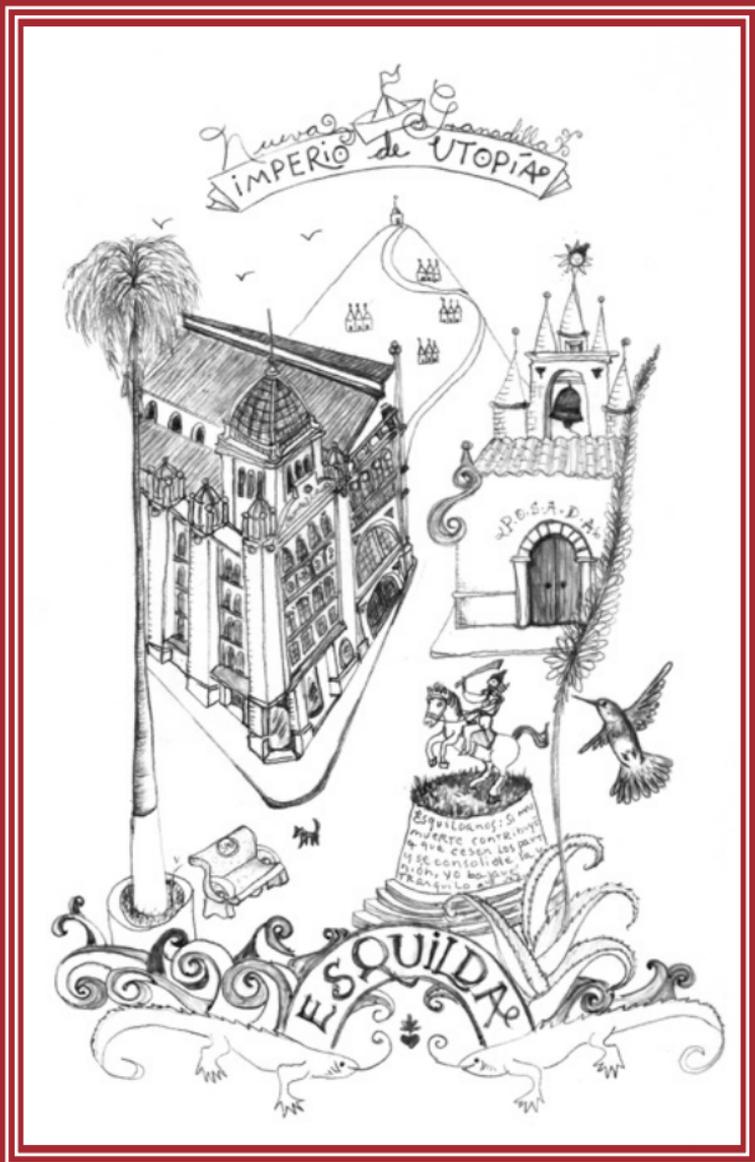
de los esquildanos (*Schildbürgerbuch*). En el siglo XVI, Schilda o Esquilda (así lo hemos traducido al español) era una aldea de Sajonia, como otras miles del imperio alemán. Sólo que el autor de nuestro libro escogió a los habitantes de este lugar para concentrar en ellos los cuentos esparcidos por toda Alemania, acerca de gente a la que le falta el sentido común, y exageró bastante esa falta para hacerla más divertida y ridícula. Pero no sólo reunió muchas sátiras incluidas ya en otras colecciones humorísticas, sino que inventó un nuevo motivo importante, derramando una nueva luz sobre los esquildanos: se habían vuelto locos adrede, ya que, debido a su inteligencia y sabidurías innatas, reyes y señores de todo el mundo les molestaban para que les aconsejaran. Es idea genial del autor que sólo la locura iba a facilitar a los esquildanos la oportunidad de vivir tranquilos. Que esta locura fingida había de convertirse poco a poco en locura natural, es otro motivo nuevo.

Los cuentos, que se ofrecen en un tono satírico bastante despiadado, casi siempre

tratan de torpezas cometidas no por un solo individuo, sino por todos en conjunto, ansiosos por mejorar su bienestar común. En el libro se habla mucho de construcción, administración y agricultura, de arte poética y de discursos oficiales. A los esquilmanos les toca ocuparse de todo eso y lo hacen en la forma más disparatada posible. El autor debe de haber sido hombre muy culto y experto en la vida cívica, pero no revela su nombre en ninguna parte y permanece anónimo. El único dato que tenemos del libro es que fue impreso el año 1598 en una famosa imprenta de Frankfort am Main.

Hemos escogido sólo unas pocas hazañas de los esquilmanos, y esperamos que ustedes, jóvenes, se diviertan y gocen tanto con cada detalle al leerlas, como los estudiantes del Departamento de Alemán se divirtieron al traducirlas.

Caracas, 18 de junio de 1957
Dra. Federica de Ritter
Jefe del Departamento de Alemán



I

De cómo se volvieron locos los habitantes de Esquilda

En el gran imperio de Utopía se encuentra una pequeña ciudad llamada Esquilda, cuyos habitantes se denominan esquildanos.

Hace muchos años, los primeros esquildanos eran gentes sabias y sensatas. Por entonces, la gente sabia escaseaba, y raras veces se destacaba alguien por su prudencia. Por ello, se esparció pronto por todo el mundo la fama del alto ingenio y de la sabiduría poco común de los esquildanos. No es fácil que se esconda una luz tan espléndida, pues ésta, dondequiera que esté lanza sus rayos. Sucedió a menudo



que de lugares lejanos, emperadores y reyes, príncipes y señores enviaban embajadas a los esquildanos, rebosantes de sabiduría, para solicitar sus consejos en los asuntos difíciles y dudosos.

De esta manera adquirieron poco a poco los esquildanos un gran renombre en todo el mundo, y recibieron plata, oro, joyas y otros tesoros en abundancia, ya que en aquella época las dotes espirituales eran estimadas mucho más que en nuestros días.

Sucedió que a los príncipes y señores les pareció demasiado molesto tener que enviar continuamente mensajeros a Esquilda; antes bien, cada uno de ellos prefirió tener a un esquildano en la corte y en su mesa para poder servirse de su sabiduría cada vez que la necesitase.

Resultó que en poco tiempo ningún esquildano se encontró en su ciudad, sino que todos estaban ausentes, y las mujeres de Esquilda tuvieron que desempeñar solas el trabajo de los hombres, tanto en la casa como en el campo.

A pesar de ello, los hombres no pudieron

ser sustituidos eficazmente. Poco a poco se descuidaron los campos y suministraron un rendimiento menguado. El ganado se enflaqueció y se hizo cimarrón, todas las herramientas y arneses se deterioraron sin ser remediados y, aún peor, niños, criados y criadas se volvieron desobedientes y no quisieron hacer nada como era debido.

Frente a esta situación, se reunieron las mujeres de Esquilda para deliberar sobre el bien común y contrarrestar la amenazadora catástrofe. Después de largas conversaciones, acordaron finalmente enviar cartas a todos los lugares en donde se encontraban sus maridos para llamarlos a sus casas.

Cuando los esquildanos recibieron estas cartas, se emocionaron mucho y encontraron muy necesario regresar inmediatamente a sus hogares; se despidieron de sus señores y volvieron a Esquilda. Encontraron tal desorden, que, con toda su sabiduría, no lograron asombrarse bastante de cuánto en el corto tiempo de su ausencia pudieron deteriorarse tantas cosas.

Sin embargo, celebraron una gran fiesta, en



la que ofrecieron solemnemente a sus mujeres restablecer lo que se había perdido y cuidar con mayor esmero de sus hogares y oficios.

Pero como temían que pronto los señores extranjeros los reclamarían y los fastidiarían otra vez, al día siguiente se reunieron bajo el gran árbol de tilo de la plaza principal y allí discutieron sobre el enorme daño que sus hogares habían sufrido, y al compararlo con el provecho sacado de sus servicios prestados a los señores extranjeros, encontraron que el perjuicio sobrepasa con mucho el provecho. Luego deliberaron sobre cómo se las compondrían para impedir que volviera a suceder lo mismo; se hicieron las más diversas proposiciones, pero, finalmente, se adelantó un viejo esquildano y dijo:

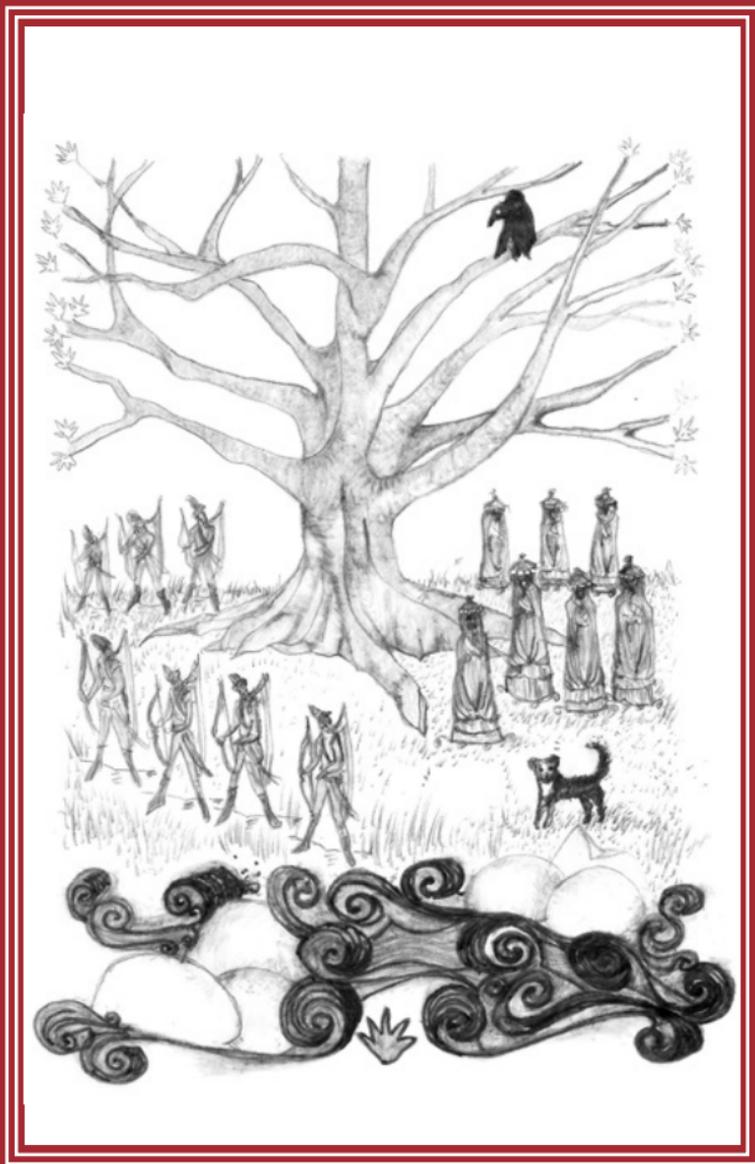
—Ya que nuestra alta sabiduría y nuestra gran sensatez son la única causa de que no se nos deje en paz, me parece que lo mejor es que nos protejamos de futuras impertinencias mediante la estupidez y la locura. Al igual que se nos buscó antes desde tierra extranjera a causa de nuestra prudencia, así nos dejarían en casa a causa de nuestra idiotez. Por lo cual

propongo que todos nosotros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, emprendamos las cosas más aventuradas y extrañas que se nos ocurran, y cada uno haga las locuras que le parezcan. Precisamente, para esto se necesitan los hombres más hábiles y sabios, pues no es fácil el arte de ser loco.

Todos los esquildanos cavilaron con ahínco y solemne gravedad sobre este prudente consejo, y finalmente resolvieron seguirlo. Cada uno pensó en qué modo podría dar comienzo a sus chifladuras.

Ciertamente causó un secreto pesar a más de uno el tener que hacerse el loco en los últimos años de vida, pues los mismos locos soportan difícilmente que otro loco les reproche la estupidez, ante la cual ellos mismos sienten asco; pero por el provecho común, en aras del cual cada uno debe sacrificar con gusto su vida, decidieron privarse de su sabiduría.

Y con esto termina nuestra historia de la sabiduría de los esquildanos.



II De cómo lograron los esquildanos construir su Ayuntamiento

Primera parte En donde se relatan las fatigas que pasaron para conseguir la madera

Ya que los esquildanos habían resuelto adoptar en el futuro otro régimen de vida y cultivar nuevas formas de conducta, decidieron, a fin de comenzar felizmente, construir a expensas de todos un nuevo Ayuntamiento, un Ayuntamiento tal que pudiera, no sólo albergar, sino soportar todas sus locuras.

Ahora bien, como aún no habían

renunciado del todo a su sabiduría y no querían que su locura estallara de golpe, pues se descubriría fácilmente que era sólo fingida, decidieron desarrollarla poco a poco. Pero, de todos modos, la construcción de un Ayuntamiento les parecía lo más urgente.

Cuando hubieron convenido en todo lo que se requería para tan extraordinaria obra, resultó que sólo faltaba un flautista o un violinista que, como en otros tiempos hiciera el prodigioso flautista del cuento con ratas y ratones, atrajera con sus mágicas melodías madera y piedras, y éstas acudieran por sí mismas a acomodarse y a encajarse unas con otras en perfecto orden.

Pero no se presentó tal músico, a pesar de que los esquildanos lanzaron un pregón con este fin; como sus propios ensayos musicales fracasaron rotundamente, tuvieron al fin que decidirse a empezar la obra todos juntos, a ayudarse unos a otros y a no cejar hasta que todo el edificio estuviera levantado y acabado.

Parecía que los esquildanos, cuyo saber debía apagarse poco a poco como la luz del día, veían aún muy claramente, pues no ignoraban

que no podían empezar a construir antes de obtener viguetas y otras cosas más.

Unos locos perfectos se hubieran puesto a trabajar sin madera, piedra, cal ni arena; pero los esquildanos, todos sin excepción, marcharon, en el más íntimo acuerdo, a un bosque situado al otro lado de la montaña, y siguiendo el consejo de su maestro de obras, empezaron a escoger los mejores árboles y a talar los troncos, los cuales desbrozaron, limpiaron y arreglaron según las indicaciones del maestro, que, esquildano al fin, era tan listo como los otros. Entonces, se les ocurrió la idea de usar una ballesta con la cual pudieran lanzar las viguetas al lugar escogido; con tal medio creían ahorrarse el enorme esfuerzo de transportarlas ellos mismos; por no encontrar semejante máquina, en ninguna parte, ellos mismos tuvieron que hacer el trabajo; jadeantes, arrastraron las viguetas montaña arriba y luego las bajaron por el otro lado, todos sudorosos y con bastante esfuerzo.

Esto hicieron, paciente e infatigablemente con cada una de las viguetas hasta que llegaron a una que, en su opinión, era la última. La



ataron igual que las otras y la movieron, ya alzándola, ya empujándola montaña arriba y luego montaña abajo, hasta la mitad de la pendiente.

Sea que no se hubieran dado cuenta, sea que las sogas y cuerdas se hubieran deshilachado, lo cierto es que dicha vigueta se salió de las ataduras y sencillamente empezó a rodar por sí sola cuesta abajo; primero lentamente y después con velocidad siempre mayor, y en saltos que se fueron haciendo cada vez más grotescos hasta llegar junto a las otras, en donde se quedó muy tranquila.

Ante semejante muestra de ingenio dada por un palo tan burdo y rústico, los esquilданos se quedaron boquiabiertos y maravillados.

—Hemos sido bien locos —dijo uno de ellos— en hacer tal esfuerzo para bajar los árboles; ese simple tronco había de enseñarnos que mejor hubieran podido bajar por sí solos, lo cual, por otra parte, era muy divertido.

—Bueno, esto se puede remediar — repuso otro—; quien los haya bajado que los vuelva a subir en seguida. ¡Los de mi grupo que se apresuren! Cuando de nuevo hayamos

arrastrado hacia arriba los troncos, podremos rodarlos todos juntos y gozar de sus graciosos brincos, y nuestro trabajo tendrá una grata recompensa.

Este consejo agradó a todos los esquildanos; cada uno se avergonzaba ante los demás de no haber sido tan ingenioso.

Si antes, al bajar la madera por el monte, habían tenido un enorme trabajo, ahora, por cierto, lo tenían triple para subirla de nuevo.

Sólo dejaron de subir la vigueta que había rodado por sí sola desde la mitad del monte por respeto a su inteligencia.

Se dedicaron con gran empeño a levantar, empujar, golpear, rodar y rodar, arrastrar, cargar, deslizar, tirar, halar, voltear, palanquear, torcer y virar; después de tomar aliento por buen rato, pudieron comenzar a divertirse. Hicieron, pues, rodar y saltar los troncos uno tras otro montaña abajo y a la buena de Dios, mientras ellos, arriba, gritaban dando palmadas de alegría.

En realidad estaban muy orgullosos de esta, la primera prueba de su locura; contentos, regresaron y se metieron en una posada, en la que ordeñaron un tanto las arcas de la ciudad.

Segunda parte
En la que se cuenta cómo
los esquildanos excavaron el terreno

Preparadas y ensambladas las viguetas, procuradas las piedras, la arena y la cal, cuando iban los esquildanos a empezar la construcción del Ayuntamiento, resultó que se habían olvidado de excavar el terreno para echar los cimientos. Todos corrieron a sus casas a buscar azadas, palas, hachas, picos y toda clase de herramientas de esta especie. Cavaron y palearon hasta que, según la opinión de todos, el hueco fue lo bastante profundo; pero, naturalmente, quedó a su lado un gran montón de tierra excavada que según el maestro de obras estorbaría los trabajos de construcción.

—Hay que quitarlo del medio, ciudadanos —dijo, sin siquiera saber dónde ponerlo. Después de mucha discusión, uno de ellos, que se creía muy listo, dio con la genial idea de que se abriera un nuevo hoyo para meter dentro la tierra sobrante. Y así se hizo.

Pero al poco rato, y para asombro de los esquildanos, apareció un nuevo montón de tierra para el que se tenía que cavar otro hoyo.

Esto se repitió hasta que, finalmente, el cerro quedó tan lejos del sitio escogido que ya no obstruía el trabajo.

Tercera parte

En la que se habla sobre la construcción de los muros y el techo del Ayuntamiento

Comenzaron, pues, los esquilmanos la construcción con tal celo que quien los hubiera visto, habría tenido que confesar que lo hacían en serio. En pocos días habían levantado los tres muros principales hasta el tope, pues, como querían hacer algo especial, la casa iba a tener forma triangular. Asimismo terminaron todos los tabiques, pero dejaron abierto un gran boquete al costado de un muro para meter el heno perteneciente a la comunidad y con cuyas ganancias podría beber toda la ciudadanía.

Por otra parte, esta puerta venía muy bien al señor alcalde, pues no habían pensado en que éste, junto con los señores concejales y los señores jurados del tribunal, habrían tenido que entrar saltando por el techo. Y esto,

aunque estaba de acuerdo con su locura, era muy incómodo y además peligroso.

Acto seguido, se metieron los esquildanos con el techo: éste lo dividieron en tres partes conforme a las tres esquinas de la construcción. Colocaron la armazón del techo sobre el muro y así prosiguieron toda la obra hasta el frontón, de manera irreprochable, según su parecer. Pospusieron para el siguiente día cubrir el techo y se apresuraron a ir a la posada, donde el posadero había puesto un letrero anunciando que tenía cerveza fresca. A la siguiente mañana dieron unas campanadas, antes de lo cual nadie podía trabajar so pena de castigo. Entonces acudieron todos los esquildanos, subieron a la armazón y comenzaron a techar el Ayuntamiento.

Ahora estaban en fila, unos en lo más alto y otros en lo más bajo del techo, rematando los travesaños; algunos estaban en la escalera y los demás, en tierra, desde el pie de la escalera hasta el montón de tejas, que quedaba a un tiro de piedra del edificio.

De este modo, cada teja pasaba por las manos de todos los esquildanos, desde el

primero que la recogía, hasta el último que la colocaba en el lugar apropiado. Pero al igual que no se debe forzar a un dócil percherón, ellos habían dispuesto que a cierta hora se tocara la campana como señal de descanso. Así, pues, tan pronto como el que estaba más próximo al montón de tejas oía la primera campanada, soltaba en el acto la teja que acababa de recoger y se lanzaba hacia la posada. Por lo tanto, sucedió que los que habían llegado de últimos al trabajo eran los primeros en la posada y presidían la mesa.

Los carpinteros no hacían otra cosa, pues apenas oía el primero de ellos la campanada dejaba caer el hacha que acababa de levantar para el golpe y corría hacia la comida, todo lo cual correspondía perfectamente a la locura de los esquildanos.

Finalmente, terminada la obra, los esquildanos iban a entrar en el Ayuntamiento para inaugurarlo en honor de todos los locos, y para ver, en el nombre de todos, cómo se sesionaba dentro.

Pero apenas entraron con la mayor compostura, he aquí que reinó completa

obscuridad; tanta, que casi no podían oírse y mucho menos verse.

Se asustaron bastante de ello y no salían de su asombro de cuál podía ser la causa; si era que se había cometido alguna falta en alguna parte de la construcción que impedía el paso de la luz. Volvieron, pues, a salir por el boquete del heno a ver dónde se encontraba el defecto. Los tres muros estaban perfectamente acabados y el techo debidamente colocado; tampoco faltaba la luz afuera. Pero al entrar de nuevo a buscar en el interior el defecto, reinó la misma obscuridad anterior. La verdadera causa era que se habían olvidado de las ventanas de su Ayuntamiento, lo que, por más que se rompían sus deschavetadas cabezas, no podían descubrir ni adivinar.

En tal situación no les quedó, pues, más remedio que fijar un día de asamblea general para llevar adelante el asunto. Cuando llegó el día convenido para el Concejo, se reunió una gran multitud de esquildanos, pues el asunto interesaba a la ciudadanía entera. Cada uno de ellos había traído una tea encendida y, luego de sentarse, se la puso en el sombrero a fin de

poder ver en la obscura sala de sesiones del palacio, y también para que el señor alcalde, al pedirles su opinión, estuviera en capacidad de dar a cada uno su correspondiente título y nombre.

Se pudieron oír las opiniones más contradictorias sobre lo sucedido. La mayoría parecía inclinarse a que el edificio fuera derruido por completo y levantado de nuevo.

En este momento intervino uno de los concejales que había sido antes el más sabio de todos y creía, por lo tanto, que tenía que hacerse pasar por el más necio. Y habló así:

—¡Ilustres ciudadanos de Esquilda!

Cuando aún vivíamos con nuestra sabiduría, oí decir muy a menudo que muchas cosas pueden aclararse mediante ejemplos; por ello, permitidme que les cuente una hermosa historia:

Una vez, el hijo del hermano del abuelo de mi abuela, oyó a alguien decir que las perdices eran un plato muy exquisito.

—¿Las has comido, ya que tan bien lo sabes? —le preguntó el hijo del hermano del abuelo de mi abuela.

—No —dijo el otro—, pero hace cincuenta años me lo dijo alguien cuyo bisabuelo había visto comerlas a un noble.

Estas palabras despertaron en el hijo del hermano del abuelo de mi abuela ganas de comer algo sabroso, y por ello le dijo a su mujer que le friera buñuelos, pues no se podían conseguir perdices. Pero ella, que sabía mejor que él cómo andaba la mantequera, se disculpó, pues no podía freírle esa vez nada porque se le había terminado la mantequilla o la manteca; le rogó, por lo tanto, que dejara los buñuelos para otra ocasión; pero con ello el hijo del hermano del abuelo de mi abuela no comió buñuelos ni satisfizo sus ganas.

No quiso quedarse plantado con una respuesta tan seca y desabrida, y se empeñó en que la mujer le friera buñuelos, y, si no tenía mantequilla o manteca, que lo intentara con agua.

—No se puede con agua —dijo la mujer—; de poderse no hubiera pasado yo misma tanto tiempo sin buñuelos, pues no me habría dolido gastar el agua.

—Tú no lo sabes —dijo él— puesto que nunca lo has probado; pruébalo una vez y, sólo si no resulta, podrás decir que no se puede.

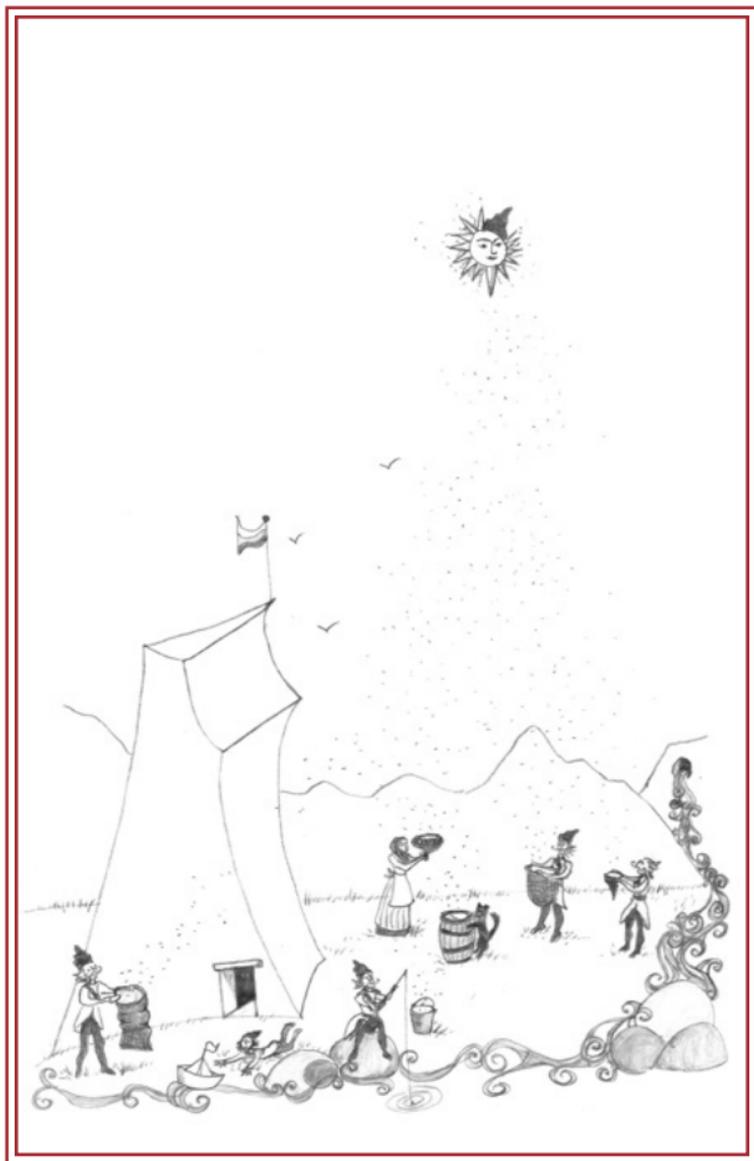
Si la mujer quería quedar tranquila y en paz, tenía que hacerle caso. Preparó, pues, una masa muy delgada, como para freír buñuelos, puso una sartén con agua en el fuego y echó dentro la masa. Pero ésta se desleía en el agua de modo que formaba una papilla

delgada, por lo cual la mujer se enojó y el marido se puso molesto. Pues ella vio perdido el trabajo, la leña y la harina. El hijo del hermano del abuelo de mi abuela andaba cerca con el plato tendido, porque se quería comer los primeros buñuelos tan calientes como salieran de la sartén, pero se vio chasqueado. La mujer maldijo el freír con agua, pero él le razonó: —No te arrepientas de haberlo probado. Se ensaya una cosa de muchas maneras, hasta que al fin da resultado. Si ahora no lo has logrado otra vez será; habría sido una feliz casualidad que hubiera salido bien.

—Ya lo creo —contestó la mujer del hijo del hermano del abuelo de mi abuela—, entonces me hubiera gustado comer buñuelos todos los días”.

—Ahora —concluyó el orador—, para relacionar esta historia con nuestro propósito, quién sabe si no se puede meter y transportar en un saco la luz o el día al igual que se lleva al agua en un cubo. Nadie de nosotros lo ha probado jamás; por lo tanto, si os parece bien, vamos por ello; si resulta, tanto mejor para nosotros y cosecharemos muchas alabanzas; pero si no resulta, sea oportuno para nuestro propósito en bien de nuestra locura.

Este consejo gustó tanto a los esquildanos



que decidieron ponerlo en práctica a toda prisa. De aquí que, después del mediodía, cuando el sol brillaba más, vinieran todos al frente del Ayuntamiento, cada uno con una vasija en la que pensaba agarrar el día para meterlo dentro. Algunos trajeron también palas, azadones y horquillas de coger heno, para no omitir nada.

Tan pronto la campana dio la una, daba gusto ver cómo empezaban a trabajar. Muchos tenían largos sacos, los abrieron y dejaron que el sol diera adentro hasta el fondo; anudaron el saco apresuradamente y corrieron con él al Ayuntamiento para derramar el día.

Otros hicieron lo mismo con recipientes cubiertos, como ollas, calderos, cubos, baldes y cosas por el estilo. Uno metió el día en una cesta con una horquilla para paja, el otro con una pala, algunos lo sacaban excavando la tierra.

Debe mencionarse especialmente un esquildano que intentó atrapar el día con una trampa de coger ratones, para vencerlo con esta artimaña y llevarlo al Ayuntamiento.

Cada uno procedía según se lo decía su

loca cabeza. Tales cosas hicieron toda la tarde, hasta que el sol se puso, con tanto empeño, que fueron abatidos por el cansancio y casi se asfixiaron de calor.

Pero tuvieron tan poco éxito como cuando en otros tiempos los gigantes, encaramando montaña sobre montaña, trataban de asaltar el cielo. Por eso dijeron finalmente:

—Por cierto, habría sido una feliz casualidad si hubiera salido bien.

Luego se marcharon. Sin embargo, habían ganado tanto que podían ir a tomar vino a cuenta de la comunidad y así recrearse de nuevo.

Cuarta parte

En donde se cuenta cómo un vagabundo que llegó de paso dio a los esquildanos consejos para meter el día dentro de su Ayuntamiento

Precisamente en aquel bonito día de verano en que estaban los esquildanos empeñados en meter la luz en su Ayuntamiento, acertó a pasar por la ciudad un caminante forastero. Estuvo

largo rato observando aquel ajeteo con la boca abierta, hasta el punto de que olvidó cerrarla; incluso, se hubiera convertido él mismo en esquilano de tanto romperse la cabeza sobre lo que aquello significaba.

En la noche se fue a la posada, donde se presentaron también algunos esquilanos. El forastero inquirió la causa por la cual los había visto bregar con tal ahínco al sol, sin que él pudiera comprender qué diablos hacían. Un viejo esquilano le respondió:

—Señor, hemos tratado de meter la luz del día en sacos para llevarla al interior de nuestro recién construido Ayuntamiento, pues está oscuro allí dentro, completamente oscuro.

Ahora sí comprendió el forastero, no sólo el atropellado trajín, sino que también se le iluminó de golpe la sabiduría esquilana y, muy seria y respetuosamente, preguntó al viejo si en efecto habían logrado algo con su trabajo.

—Ni pizca —contestó el esquilano con un afligido movimiento de cabeza.

—Eso os pasa por no haber hecho las cosas como yo seguramente os hubiera aconsejado; si no despreciáis mi consejo, aún hay remedio.

Los esquildanos aguzaron los oídos. Este rayo de esperanza les causó alegría y le prometieron una buena recompensa de las arcas públicas si tenía a bien participarles su consejo. Ordenaron al posadero que le sirviera platos y bebidas en abundancia, de modo, pues, que él fue aquella noche su huésped y honradamente comió de gorra y sin parquedad alguna.

A la mañana siguiente, el buen sol les favoreció con su espléndida luz; condujeron al forastero al Ayuntamiento, que contemplaron con aire de esmerada importancia de arriba a abajo, de frente y por detrás, por dentro y por fuera. Luego, el forastero les ordenó subir al techo y quitar las tejas, lo que los esquildanos hicieron al momento.

—He aquí el día en vuestro Ayuntamiento —dijo el “mago”, cuando fue levantada la última teja. Podéis dejarlo dentro cuanto gustéis; y cuando llegue a molestarlos, entonces fácilmente podéis echarlo de nuevo.

Entonces los esquildanos se contentaron mucho, se reunieron y sesionaron tranquilamente todo el verano.

El forastero obtuvo, por su excelente consejo, un considerable obsequio de las arcas públicas que él aceptó agradecido.

El buen hombre tomó el obsequio, y no se entretuvo mucho en contar el dinero, sino que se fue mirando a menudo hacia atrás por si alguien le seguía para quitárselo; pero nadie apareció y hasta el día de hoy nadie sabe de dónde vino ni hacia dónde fue.

Quinta parte

En la cual los esquilanos lograron por fin luz para su Ayuntamiento

Como corrieron con suerte, no llovió en todo el verano, celebraron muchas asambleas y trataron asuntos importantes concernientes a su patria y a su querida ciudad, de modo que no advirtieron la falta del techo.

Pero entretanto el verano comenzó a ocultar su alegre semblante y se presentó el otoño con sus tormentas y chaparrones. De pronto, mientras deliberaban sobre la buena marcha de la ciudad, las primeras gotas de lluvia cayeron sobre las sabiondas y prudentes narices del

alcalde y de los concejales. Entonces se dieron cuenta de que nada sino el tejado podía guarecerlos, de igual manera que un sombrero alón protege la cabeza de las inclemencias del tiempo. Así que no tuvieron nada más urgente que hacer que cubrirlo de nuevo con el concurso de todos.

Pero he aquí que, cuando se pusieron de nuevo las tejas al Ayuntamiento y los esquildanos entraron en él, lamentablemente adentro estaba tan oscuro como antes; sólo entonces notaron que habían sido malamente engañados y más de uno refunfuñó, pero ya no sabían cómo modificarlo, y puesto que era preciso poner al mal tiempo buena cara, se volvieron a sentar cada uno con su tea en el sombrero y celebraron sesión sobre lo que había de hacerse. Pero si bien todos tenían muy claras e iluminadas cabezas, no encontraron ninguna solución; y cuando le tocó hablar finalmente a uno que no creía ser de los más torpes, se levantó, y dijo que aconsejaba lo mismo que iba a aconsejar su compadre, y salió de la reunión para carraspear. Pero mientras andaba a tientas pegado a la pared,

en la oscuridad, pues se le había apagado su tea, advirtió por casualidad en el muro una pequeña hendidura.

Con un profundo suspiro se acordó entonces de la sabiduría anterior a que todos habían renunciado, volvió a entrar y dijo:

—Permitidme decir unas palabras.

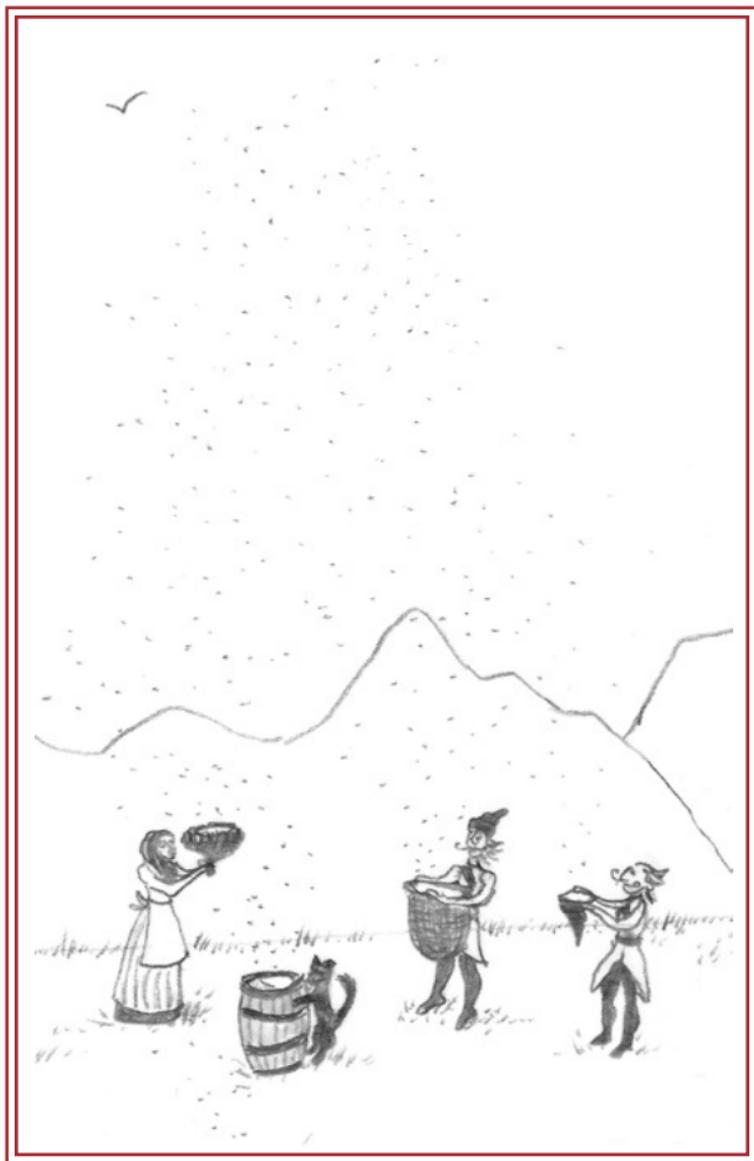
Concedido el permiso, habló así:

—¿No estamos todos locos de remate?

Hemos caído en el desprecio de todos por haber derrochado tanto tiempo y tanto dinero en nuestro Ayuntamiento a fin de encontrar la falla y eliminarla. Pero ninguno de nosotros ha sido lo bastante listo para ver que no hemos puesto en nuestra casa ventanas por las que pudiera entrar la luz.

Ante tales palabras se horrorizaron los demás esquilanos y cada uno se avergonzó ante los otros de haber sido tan tonto. Por esto, sin esperar siquiera la opinión de cada uno, comenzaron a hacer brechas por todas partes en los muros del Ayuntamiento. Pues todos querían tener su propia ventana.

Y fue así como al fin se terminó de construir el Ayuntamiento.





III

De cómo el emperador de Utopía anunció su visita a los esquildanos y cómo eligieron éstos un nuevo alcalde

Al igual que se había extendido anteriormente la fama de su sabiduría por todos los países, así se extendieron ahora las noticias de sus disparates.

Llegaron también a los oídos del emperador del gran país de Utopía, quien en otros tiempos se había procurado muchos y buenos consejos de sus súbditos esquildanos. Cuando el emperador iba a emprender un viaje por asuntos de gobierno a la comarca de su Imperio donde se hallaba la ciudad de Esquilda, hizo anunciar a los esquildanos,

por medio de un legado, su próxima visita. A la vez les mandó a decir que además de sus privilegios tradicionales les concedería otros nuevos a condición de que fueran capaces de contestarle la primera alocución que les dirigiese de tal manera que rimara la respuesta de ellos con su saludo.

No poco se asustaron los esquilданos con tal mensaje, pues recelaban de que el emperador pudiera notar que su locura era sólo una locura premeditadamente adquirida y que, amenazándoles con hacerles perder el favor de su Altísima Majestad, les obligaría acaso a ser de nuevo sabios y prudentes. De ahí que afinaran todo su anterior ingenio para recibir al emperador con la mayor solemnidad posible.

A la sazón se encontraban sin alcalde, pues el anterior, afligido por haber renunciado a su sabiduría, se había convertido en un auténtico loco y era por lo tanto inútil para el cargo. Después de haber discutido largamente sobre la elección de un nuevo alcalde, decidieron que sería nombrado aquel de entre ellos que lograra, para el día siguiente, la mejor

rima, ya que el alcalde era el más indicado para contestar en forma rimada el saludo del emperador. Por lo tanto, los esquilmanos se estrujaron la cabeza durante toda la noche en busca de un lindo versito, pues no había ni uno que no quisiera llegar a alcalde.

Pero quien más intranquilo dormía era un esquilmano que ya antes había tenido a su cargo una comunidad, aunque una comunidad de cerdos. Daba vueltas inquieto en la cama y parloteaba toda clase de enredados disparates de manera que su mujer terminó por preguntarle qué era lo que tenía. Y como la señora porquera quería llegar a ser alcaldesa, al momento le ayudó a poetizar; reflexionó un rato y soltó la rima siguiente:

—Caballero, os doy la bienvenida. A mi mujer la llaman Catalina; es hermosa cual mi mejor cochina y gusta de tomar buena bebida.

La esquilmana recitó esta estrofa sus buenas cuarenta veces seguidas. El marido se la repitió otras tantas, hasta que por fin creyó haberla machacado suficientemente.

De manera semejante los demás esquilmanos anduvieron ajetreados durante toda la noche y

no hubo ninguno de ellos que no se creyera ya alcalde.

Cuando nuestros sabios se reunieron al siguiente día para elegir el alcalde, se pudieron oír los más graciosos y extraños versos.

Lástima que no pusieran por escrito todos ellos, así que tendremos que conformarnos con los siguientes.

Dijo éstos el cuarto, porque las rimas de los tres primeros se han extraviado:

—Yo soy un campesino testarudo y arrimo mi pica contra la pared.

El quinto quiso mejorarla diciendo:

—Me suelen llamar el buen Maese José.

Y arrimo mi pica al lado del muro.

—Sí, te gustaría llegar a ser alcalde—dijo el sexto—, pero, ¿qué tal sería si llegara yo a serlo con mi poema?

—¿Cómo quieren que tantos versos diga, si no me llenan antes la garganta?

Aún se presentaron muchas estrofas, pero son ilegibles en el original ya comido por los gusanos.

Entretanto, un sudor se le iba y otro se le venía al porquerizo, pues temía que a otro

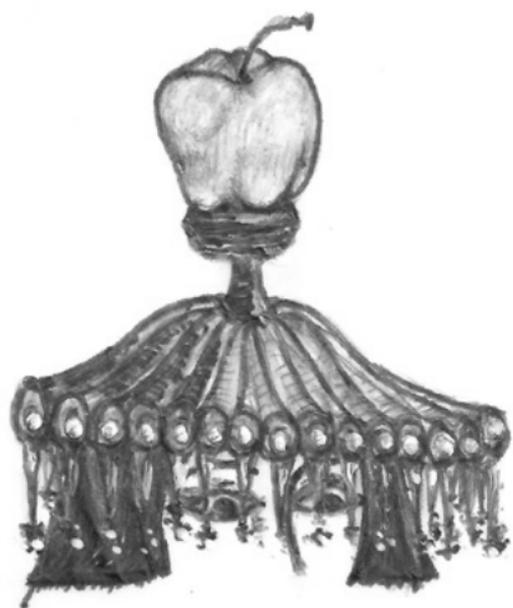
se le hubiera ocurrido la misma rima y se le anticipara y llegara a hacerse alcalde. Cuando al fin le tocó su turno, se levantó y habló con tono atrevido:

—Caballeros, reciban mi saludo. A mi mujer la llaman Catalina; es hermosa cual mi mejor lechona y gusta de tomar muy fresco mosto.

—Esa sí es toda una poesía —gritaron los concejales llenos de alegría— que tiene sustancia y hace efecto.

Y por elección, todos los esquildanos escogieron unánimemente al porquerizo, convencidos como estaban, de que él podía darle al emperador la mejor respuesta rimada.

Fue así como de la noche a la mañana el porquerizo llegó a ser alcalde.



IV

De cómo los esquildanos hundieron su campana en el lago

Una vez se propagó en la ciudad de Esquilda la noticia de una guerra inminente; entonces, los esquildanos, preocupados seriamente por sus bienes y haciendas, temieron que sus enemigos pudieran arrebatárselos y llevárselos. La mayor preocupación la tenían por la campana que pendía de la torre de su Ayuntamiento, pues recelaban que los guerreros llegaran a fundirla para hacer nuevos mosquetones.

Por ello, resolvieron hundir la campana en el lago cercano y sólo sacarla y volverla a colgar

cuando el enemigo se hubiera retirado. Así, pues, se montaron en una barca y se metieron con la campana lago adentro. Pero cuando la iban a tirar al agua, dijo uno de ellos:

—¿Cómo podremos encontrar el sitio en donde ahora hundimos la campana cuando vengamos a buscarla?

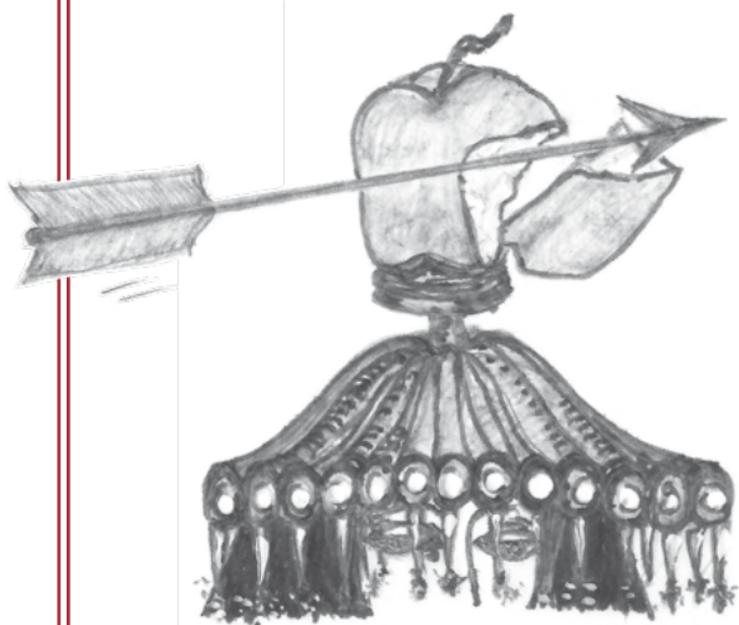
—Que no te salgan canas por esto —dijo el alcalde, y con el cuchillo hizo una muesca en el borde de madera, en el lugar exacto por donde iban a tirar la campana.

—Por esta marca —dijo— la encontraremos.

Así, pues, hundieron la campana en el lago, exactamente bajo la muesca de la borda.

Terminada la guerra volvieron los esquildanos al lago para recoger su campana. Si bien encontraron en la madera de la barca el corte, el lugar donde yacía la campana no lograron descubrirlo.

Así, pues, jamás recuperaron su famosa campana.





v
**De cómo
los esquildanos
compraron un perro ratonero
y con él su perdición**

En Esquilda no había gatos, pero, en cambio, tantos ratones, que ya nada comestible se salvaba de ellos; todo lo roían y devoraban, y esto preocupaba grandemente a los esquildanos.

Sucedió entonces que pasó una vez más otro caminante forastero por Esquilda y se hospedó en la casa del posadero. El hombre llevaba un gato consigo, y cuando le preguntó el posadero qué clase de animal era, le explicó que era un perro ratonero.

Eran ya tan numerosos los ratones en Esquilda, que corrían en pleno día de aquí

para allá sin el menor recato. De repente, el forastero les echó su gato, y éste, en menos que canta un gallo, atrapó y se comió, ante los ojos del posadero, una respetable cantidad de ratones.

Cuando la población lo supo de labios del posadero, rogaron al hombre que les vendiera el perro ratonero, que se lo pagarían bien; contestó el hombre que por cierto no había pensado desprenderse de él, pero puesto que les hacía tanta falta, estaba dispuesto a venderles el valioso animal por una suma adecuada y pidió cien florines por él. Los esquilданos, contentos de que no hubiera pedido más, accedieron.

Acordaron con el forastero que iban a pagarle de inmediato la mitad del precio y que después de un año debía pasar a recoger la otra mitad.

Llevaron luego el perro al castillo en donde tenían guardados sus granos y en donde había, por lo tanto, la mayor cantidad de ratones. El caminante se marchó a toda prisa con sus cincuenta florines, pues temía que los esquilданos se arrepintieran de la compra

y le hicieran devolver el dinero. De ahí que mientras se alejaba, volvía a menudo la vista hacia atrás para saber si alguien le seguía.

Pero sucedió que los esquildanos habían olvidado preguntarle al forastero qué comía el perro ratonero, por lo que mandaron un recadero tras él. Cuando el caminante lo divisó, comenzó a correr tan precipitadamente, que aquél no pudo alcanzarle. Entonces le gritó desde lejos:

—¿Qué come el perro?

Y el hombre le gritó a su vez:

—Lo que se le presente.

Pero el recadero entendió:

—Ganado y loca gente.

Se volvió con la respuesta y lo participó a los concejales.

No poco se asustaron éstos con la información, y dijeron:

—Cuando el perro ya no tenga ratones, entonces se comerá, primero nuestro ganado y luego a nosotros mismos.

Reunieron el Concejo para saber lo que debía hacerse contra el peligroso animal y por fin acordaron matarlo. Pero ningún

esquildano tenía el coraje de agarrarlo. Por lo cual resolvieron quemar el castillo en donde el gato estaba encerrado para cazar ratones, pues era preferible destruir el castillo a perder todos la vida. Y le prendieron fuego.

Cuando el gato sintió la candela, salió por una ventana y se escondió en la casa vecina, mientras el castillo ardía hasta consumirse. De nuevo se encontraron los esquildanos en grandes apuros por haber fracasado en quemar el gato.

Reunieron una nueva asamblea, compraron la casa y la incendiaron igualmente. Pero el gato escapó al tejado, estuvo sentado un rato allí y como gato se pasó la pata por la cabeza; entonces creyeron los esquildanos que el perro ratonero levantaba la pata para jurarles que se vengaría. Blandió airado un esquildano su larga pica para pinchar con ella al gato, pero éste, atemorizado, bajó por el palo de la pica y arañó al hombre en la cara.

Entonces, se apoderó de todos los esquildanos un terror pánico y no hubo ser viviente que no saliera corriendo. Así dejaron que el fuego se extendiera cada vez más. En

pocas horas se destruyó toda la ciudad y también ardió el Ayuntamiento triangular y con él la vieja crónica en donde estaban minuciosamente anotadas todas las hazañas de los esquildanos. Pero el gato había puesto mucho tiempo antes pies en polvorosa. Los esquildanos huyeron con sus mujeres y niños a un bosque; sus casas se habían quemado y habían perdido todos sus bienes y haciendas.

Además temían todavía al terrible perro ratonero que, desde el techo, les había jurado vengarse. Así que no les quedó más recurso que abandonar su patria y establecerse en otras donde estuvieran a salvo del monstruo. Se marcharon, pues, por diferentes caminos y se asentaron en todos los lugares imaginables; unos aquí, otros allá. Y desde ese tiempo hay esquildanos por todo el mundo.

Algunas peripecias de el libro de los esquilmanos / [Anónimo].
—Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2013. 60 páginas.—
(Institucional)

ISBN: 978-958-738-400-0 (Rústica)

ISBN: 978-958-738-401-7 (Digital)

Literatura alemana / Cuentos alemanes / Utopías / Esquilda (Alemania)
— **Historia – Siglo XVI / Esquilda (Alemania) – Vida social y costumbres**
/ I. Título.

837.4

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Octubre 31 de 2013



Colección Institucional

© 2013 Editorial Universidad del Rosario

© 2013 Universidad del Rosario

© 2013 Carmen Hincapié, ilustraciones

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00

<http://editorial.urosario.edu.co>

Primera edición: Bogotá D.C., noviembre de 2013

ISBN 978-958-738-400-0 (*rústica*)

ISBN 978-958-738-401-7 (*digital*)

COORDINACIÓN: Editorial Universidad del Rosario

DIAGRAMACIÓN: Babel Libros

IMPRESIÓN:

Instituto de Lenguas Modernas, UCV, 1959, traducido del alemán por
Federico Montenegro, Antonio Padilla y Marina Gorodeckis, estudiantes de
la Facultad de Humanidades y Educación, bajo la dirección de la doctora
Federica de Ritter, jefe del Departamento de Alemán.

Primera edición en español, Fundación Editorial El perro y la rana,
Caracas-Venezuela 2007.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.



Universidad del Rosario

360 años